

de su obra. Sin embargo, en esos pocos testimonios se manifiestan las tendencias más relevantes que, desde los comienzos de la empresa colonial, contribuyeron a la formación de las peculiaridades léxicas de Hispanoamérica” (229).

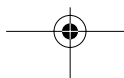
En las *Obras Menores* de José de Acosta se recoge el relato de un portugués, Bartolomé Lorenzo, objeto de análisis del último capítulo del libro, “El americanismo léxico en la *Peregrinación* de Bartolomé Lorenzo” (231-242). La *Peregrinación* narra las desgracias y los naufragios que sufrió Bartolomé Lorenzo antes de llegar al Perú. Enguita analiza los americanismos que aparecen en las veinte páginas del relato y los distribuye en tres apartados: indoamericanismos léxicos, fondo léxico patrimonial (neologismos formales y conceptuales) y léxico náutico. “El texto no tiene gran interés si lo que se pretende es documentar voces no registradas todavía en las fuentes cronísticas o adelantar la datación cronológica de las que aparecen” (241). Su interés radica más bien en documentar el proceso de americanización del español.

En resumen, Enguita nos brinda con esta obra una exposición clara y esquemática, que combina la teoría con el análisis empírico de las crónicas. Las consideraciones finales con las que remata cada capítulo muestran la capacidad de síntesis y transparencia de este investigador. El título de la obra, *Para la historia de los americanismos léxicos*, resulta demasiado amplio, pues sólo analiza crónicas (exceptuando las dos cartas anuales) y la mayor parte de los trabajos se ocupan de la *Historia general y natural de las Indias* de Fernández de Oviedo. Es indudable que la extensión y riqueza de la obra del cronista madrileño pueden justificar esta elección. En este caso, resulta aun más llamativo el contraste con el resto de obras escogidas por Enguita y la desproporción que se deriva en el tratamiento de unas y otras. Con todo, *Para la historia de los americanismos léxicos* es una fuente de datos de gran riqueza para el estudioso y una contribución notable a la historia de nuestra lengua.

Beatriz Gómez-Pablos  
Universidad de Salzburgo

DOCE, Jordi. *Imán y desafío: presencia del romanticismo inglés en la poesía española contemporánea*. Madrid: Península, 2005. 317 pp. (ISBN: 84-8307-706-x)

El IV Premio de Ensayo Casa de América se lo ha llevado el producto de la reelaboración de una tesis doctoral: la realizada por Jordi Doce en la Universidad de Sheffield durante los años noventa, después de trabajar como lector en Oxford y antes de hacerlo como subdirector de la revista *Letras Libres*. La tesis de la tesis es que, si bien hace un siglo existía una notable distancia entre las tradiciones líricas inglesa y española, hoy esa distancia se ha visto atenuada. ¿A través de qué vínculos, relaciones, influencias o traducciones? Los que constituyen el índice del libro: Unamuno, Machado, Jiménez y Cernuda. Un modo de rescribir la historia de la poesía española moderna, desde un aspecto marginal en apariencia: la poesía inglesa habría supuesto para esto poetas un imán y un desafío, como reza el título; una revisión de



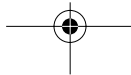


la tradición autóctona y sus presupuestos, junto con un reto y una apertura hacia otros modelos.

El primer capítulo estudia el planteamiento de la cuestión, esto es, cuáles eran esos presupuestos y en qué consistía la disparidad respecto de los que rigen la lírica inglesa. Y, como señaló Blanco-White, esta disparidad se debe principalmente a la diferencias prosódicas y métricas, a la naturaleza acentual del verso inglés y silábica del español, que acercaría a aquél a la conversación y el lenguaje cotidiano y a éste al envaramiento, la rigidez y lo literario. No otro fue el deslumbramiento que sus lecturas inglesas depararon a Unamuno, llevándole a despreciar el “ritmo tamborileo”, la “elocuencia rimada” y la “música de bosquimanos” que se le antojó a partir de entonces la tradición poética española: las declaraciones que realiza en su epistolario sobre su propósito meditativo, así como la traducción de un poema de Coleridge, apuntan hacia el arranque experiencial, la localización del poema y la moralización de la naturaleza, en una herencia de los poetas lacustres de la primera generación romántica inglesa, pero cuyo espiritualismo lo emparenta en algunos momentos con los metafísicos del xvii. No obstante, señala Doce, en Unamuno fue más la perspicacia para advertir las carencias de la tradición propia que la habilidad para adoptar las novedades foráneas: su “falta de sensualidad lingüística” le impediría interpretar con naturalidad la música que barruntaba en sus adentros, mientras que lo inédito de su propósito y la consiguiente falta de asideros le llevó a perpetuar en muchos casos la poética retórica y enfática, de verso italianizante y de formas cinzeladas, que por otro lado denunciaba.

El segundo hito en esta historia de recepción es Machado, cuya actitud de búsqueda se caracteriza por el propósito de oralismo, la huida del solipsismo en el que desembocaba la poética simbolista, con el poeta como demiurgo de un mundo cada vez más privado y nebuloso, y una voluntad de concreción que explica su escritura figurativa, la morosidad de su mirada. Además, sugiere Doce, esa poética de su segunda etapa, resultado de una insatisfacción con el modernismo de sus inicios, traza un paralelismo con la trayectoria de Coleridge y Wordsworth, que comparten con el sevillano un precoz agotamiento de la imaginación poética y, sobre todo en Coleridge, un creciente interés por la crítica y la filosofía.

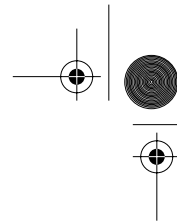
El tercer nombre de esta lista es Jiménez. Y aquí la confrontación con Machado parece ineludible: por más que Jiménez reivindicase su “bajada de Francia” tras 1915, con la nueva escritura de *Diario de un poeta recién casado* y con su supuesta deserción del simbolismo juvenil, ese machadiano deseo de objeto, ese figurativismo resultante de la secular mentalidad empírica de la cultura inglesa, queda fuera de su poética. El regodeo en el pormenor, la observación del detalle, la sed de realidad de la tradición inglesa moderna, inevitablemente incurrirán en lo superfluo para quien declaraba no hacer “el frasco”, sino “la esencia”. Purismo: simbolismo decantado. Así, las listas de poetas británicos y norteamericanos que afirmaba haber leído —gracias a Zenobia, claro está—, su autopostulación como poeta “norteño” y su polémica con Cernuda no lograrían ocultar su verbalismo —depurado, pero verbalismo— ni su



“idealización de la realidad sensible”. En suma, lo que hay en Jiménez, e incluso con mayor intensidad conforme avanza su obra, es precisamente ese solipsismo del que huía Machado: su poesía configura un espacio que subsume toda realidad, incluso la divina, dentro de sus límites en expansión. Eso sí, su lucha contra la forma cerrada e italianizante —o, al menos, la flexibilización de esa forma, heredada a través de los maestros franceses, de Ronsard a Verlaine— y su búsqueda de nuevas sonoridades desde su popularismo y su modernismo juveniles suponen una aportación notabilísima al acervo poético del idioma.

El último de la nómina es, como ya se ha señalado, Cernuda. Es decir, el único de estos poetas que vivió en países anglosajones —Escocia, Inglaterra y Estados Unidos— durante años: el tiempo suficiente para alcanzar una mayor permeabilidad a la poesía inglesa, de la que tomó algunos préstamos —el género de la oda romántica, la técnica del monólogo dramático, la actitud meditativa, algunas ideas sobre la imaginación y la forma orgánica, etc.— y sobre la que teorizó en diversos ensayos, entre ellos *Pensamiento poético en la lírica inglesa del siglo XIX*, que lamentablemente no se cuenta entre sus libros más perspicaces ni mejor documentados. Ahora bien, lo que lastró la poesía del exilio de Cernuda fue precisamente esa larga estancia, que le proporcionó, sí, una cierta connaturalidad con el medio anglosajón, pero correlativamente un alejamiento de su medio original, con una consecuencia palmaria para quien lea los versos de *Vivir sin estar viviendo* o *Con las horas contadas*: la pérdida de aquella “llaneza en el lenguaje”, propugnada por Machado y Jiménez en una lejana herencia de la doctrina del *Preface* de Wordsworth, y que un Cernuda inmerso en el mundo angloparlante reclamaba, pero no podía conservar. La *obscuritas* puramente sintáctica de muchos de sus versos de madurez, con abundancia de un molesto anástrofe, cierto ornato de pedrería y un ocasional preciosismo léxico se explican de este modo.

En suma, este ensayo de comparatismo/ estudio de influencia esboza con gran rigor, fino criterio y abundante documentación una secuencia bastante clara: la detección del problema en Unamuno y sus tentativas frustradas; el análisis crítico de Machado y su “coincidencia negativa”, su interés por una poesía más conversacional y menos “literaria” en el momento en que comenzaba a declinar su genio; la imposición calculada de Jiménez, cuya relación con poetas como Yeats —el conocido paralelo entre “Vino, primero, pura” y “A coat”, que analiza Doce— se explica más por medio de la poligénesis que por un contacto directo; y, por fin, la recepción de un Cernuda hastiado de España y lo español, que no obstante no logrará deshacerse de una cierta *maniera*, o que más bien entonará otra en sus versos. Cabe reprochar a Doce una excesiva profusión de citas —un resquicio del carácter doctoral que tenía originalmente el escrito— y una sujeción a criterios *pacianos*, poco cuestionados me parece. Ahora bien, las virtudes de su prosa —capacidad de análisis, precisión en el concepto, hábil confrontación del discurso más aéreo con la letra del texto, contextualización iluminadora de los fragmentos, salto de una tradición a otra— justifican el premio e invitan a la lectura. Es más, habría que animar al propio Doce a escribir una secuela: si la estancia de Cernuda termina frizando el medio siglo —en 1947—



poco después comienza una nueva era en este diálogo de tradiciones, con los lectorados cantabrigeneses y oxonienses de Valente, Brines y Claudio Rodríguez, a los que hay que sumar la anglofilia de Biedma y, más tarde, de poetas como Carnero, como Juan Malpartida... o como el propio Jordi Doce: su excursión por los laberintos de la poética moderna delata al interesante poeta y al magnífico traductor (Eliot, Blake, De Quincey, Tomlinson, Ted Hughes, Charles Simic...), lo que añade un punto más de interés al ensayo. ¿Una empresa aventurada? *Audaces Fortuna iuvat*.

Gabriel Insausti  
Universidad de Navarra

SALAS Y QUIROGA, Jacinto de. *Viages. Isla de Cuba*. Edición y notas Luis T. González del Valle. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, 2005. 413 pp. (ISBN: 84-9750-524-7)

*Viages. Isla de Cuba* es el quinto volumen de la colección de la Biblioteca de la cátedra de cultura cubana Alejo Carpentier de la Universidad de Santiago de Compostela. Su edición representa un aporte significativo a los estudios cubanos, los relatos de viajes y la literatura española del XIX.

Jacinto Salas y Quiroga (A Coruña, 1813- Madrid, 1849), poeta, dramaturgo, novelista, diplomático, dio este texto a la imprenta Boix de Madrid en 1840. En la línea tradicional de los relatos de viaje, se inserta a sí mismo como narrador y personaje del texto y deja, entre descripciones y datos, sus huellas autobiográficas. A pesar de la constante autorreferencialidad, nunca revelará el motivo de su visita a la isla.

Desde el comienzo, Salas deja ver que no tiene pretensiones científicas pero sí intenciones reflexivas que fundamentará con información histórica y estadística. Quiere hacer del relato de su visita algo más que un cuaderno de memorias. Quiere analizar y tomar partido sobre las distintas realidades cubanas.

En los cinco primeros capítulos, Salas narra su llegada al puerto de La Habana en la noche del 25 de noviembre de 1839, y los diversos lugares y personas que conoce. La sensación que le causa el puerto y la ciudad parece mezclarse con su estado anímico. A partir del capítulo VI, las notas autobiográficas del relato merman y el narrador se centra en cuestiones agrícolas, comerciales, administrativas, políticas, literarias y sociales de Cuba. El lector pasa de ser un confidente a un receptor de sus valoraciones. No sigue un orden para tratar los diversos temas que llaman su atención, ni siquiera el cronológico. Las impresiones costumbristas se entrelazan con las cavilaciones filosóficas, los relatos de anécdotas y los datos estadísticos propios de un censo estatal. No hay plan pero sí una conciencia de abarcar una totalidad: la realidad de una cultura española de ultramar. Como hombre ilustrado y romántico a la vez, Salas y Quiroga denuncia la falta de educación de los cubanos y la corrupción del gobierno, y queda admirado por su peculiar orden social y por el progreso que identifica con la producción del tabaco, el café y el azúcar. Además,

